



† JOSÉ DOMINGO ULLOA MENDIETA, O.S.A.
ARZOBISPO METROPOLITANO DE PANAMÁ

HOMILÍA DE CLAUSURA DEL AÑO JUBILAR 2025
Monseñor José Domingo Ulloa Mendieta, arzobispo de Panamá
Catedral Basílica Santa María la Antigua, sábado 27 de diciembre de 2025

“Peregrinos y testigos de la esperanza que no defrauda”

Queridos hermanos y hermanas:

Saludo con especial afecto a Su Eminencia el Cardenal José Luis Lacunza, obispo emérito de David; a Su Excelencia Mons. Dagoberto Campo Salas, Nuncio Apostólico de la Santa Sede; al Proto Presbítero Alejandro Chedy, de la Iglesia Ortodoxa en Panamá; a nuestros sacerdotes, diáconos, vida consagrada, seminaristas, fieles laicos de nuestras parroquias y movimientos eclesiales; y a quienes nos acompañan a través de FETV, Radio Hogar, Radio María y Radio Claret.

Con profundo agradecimiento a Dios, nos congregamos hoy como Iglesia que peregrina en Panamá para clausurar el Año Jubilar 2025, un tiempo de gracia que nos ha permitido caminar juntos, renovar la fe y reafirmar que nuestra esperanza no defrauda porque está fundada en el Señor.

El Jubileo 2025 ha tenido un carácter singular al desarrollarse en el marco de dos pontificados. Lejos de ser una dificultad, esto ha sido un signo elocuente de que la vida de la Iglesia no depende de personas ni de coyunturas, sino de la fidelidad de Dios. La Iglesia no se interrumpe, porque es el Señor quien la sostiene, la guía y la conduce. Hoy damos gracias por el servicio del Papa León XIV, signo visible de la continuidad apostólica y de la unidad eclesial.

Este Jubileo nació como respuesta pastoral a un mundo herido. El Papa Francisco lo convocó leyendo con realismo la situación de la humanidad marcada por la violencia, la injusticia, la corrupción, la pobreza, la exclusión, la polarización y una profunda soledad que afecta a millones de personas. Por eso fue un Jubileo para todos, pero especialmente para quienes se sienten cansados, descartados o sin razones para seguir esperando. Nos recordó que no podemos acostumbrarnos al dolor ajeno ni normalizar la desesperanza.



† JOSÉ DOMINGO ULLOA MENDIETA, O.S.A.
ARZOBISPO METROPOLITANO DE PANAMÁ

A lo largo de este Año Santo, la Iglesia en Panamá ha sido llamada a volver al centro, a reconocer que Cristo es nuestra esperanza. No hay esperanza auténtica sin Él. Cuando Dios es desplazado, se debilita la dignidad humana y se fragmenta el sentido de la vida. El Jubileo nos ha invitado —y sigue invitando— a la conversión del corazón, a poner nuevamente a Cristo en el centro de la vida personal, familiar, eclesial y social.

Este Año Jubilar no ha sido un paréntesis ni un acontecimiento aislado. Se inserta en una historia más amplia y profunda: la de una Iglesia que ha sabido caminar en medio de cambios, crisis y desafíos, sin perder el rumbo ni la esperanza. No llegamos a este día por costumbre, sino con una experiencia vivida, con pasos concretos dados como comunidad creyente, con encuentros que han marcado la vida personal y social de nuestro país.

También esta clausura se da en un momento particularmente significativo de nuestra historia eclesial, a las puertas de la celebración de los 100 años de la elevación de nuestra Iglesia a Arquidiócesis, acontecida el 29 de noviembre de 1925. Cien años de misión, de evangelización y de acompañamiento pastoral a nuestro pueblo, sostenidos por la fe en Jesucristo y bajo la protección maternal de Santa María la Antigua.

Es así como esta experiencia jubilar se conecta de manera directa con la historia de nuestra Arquidiócesis y con el servicio de quienes la han pastoreado en estos cien años. Recordamos con gratitud a los arzobispos metropolitanos de Panamá que han acompañado el caminar de esta Iglesia particular: Mons. Guillermo Rojas y Arrieta, primer arzobispo metropolitano; Mons. Juan José Maiztegui, C.M.F.; Mons. Francisco Beckmann, C.M.F.; Mons. Tomás Alberto Clavel Méndez; Mons. Marcos Gregorio McGrath, C.S.C.; Mons. José Dimas Cedeño, y quienes hoy continuamos esta misión, conscientes de que somos eslabones de una historia que nos precede y nos supera.

En este contexto, la celebración del natalicio del primer Obispo Panameño Francisco Javier de Luna Victoria y Castro 330 años.

En camino hacia el Centenario, el Señor nos envía a ser una Iglesia cercana, samaritana, reconciliadora y de puertas abiertas, que no se encierra en sí



† JOSÉ DOMINGO ULLOA MENDIETA, O.S.A.
ARZOBISPO METROPOLITANO DE PANAMÁ

misma, sino que sale al encuentro del otro. Esta es la herencia recibida. Esta es la tarea que asumimos. Esta es la esperanza que estamos llamados a custodiar y a testimoniar.

CRUZAR LA PUERTA JUBILAR NOS LLEVA DEL DON A LA MISIÓN

Para muchos de nosotros, cruzar la Puerta Jubilar fue un momento profundamente significativo. No fue un gesto mágico ni un simple rito exterior. Fue un acto de fe. Un paso interior. Un reconocimiento humilde de que necesitamos a Dios. Haber cruzado la Puerta Jubilar fue un don inmenso.

Ahora después del Jubileo la pregunta decisiva es ¿qué hacemos ahora con ese don? Porque el Señor no nos llamó solo a cruzar una puerta, sino a convertirnos nosotros mismos en puertas abiertas para los demás.

Puertas abiertas al perdón; puertas abiertas a la reconciliación; puertas abiertas al diálogo; puertas abiertas a los pobres, a los heridos, a los que buscan sentido, a los que se han alejado. Este es el paso decisivo del Jubileo: pasar del signo a la vida, del gesto al testimonio.

SER PEREGRINOS Y TESTIGOS DE LA ESPERANZA

El Jubileo nos ha recordado con fuerza que la esperanza cristiana no es pasiva ni resignada. No consiste en cruzarse de brazos ni en esperar que otros resuelvan lo que nos corresponde. La esperanza que nace del Evangelio nos pone en pie, nos impulsa a caminar y a comprometer nuestra vida entera.

Ser peregrinos y testigos de la esperanza es el gran fruto que este Año Jubilar quiere dejar en nosotros. Peregrinos, que entienden que la fe es camino, proceso y perseverancia cotidiana. Nadie cree de una vez y para siempre, sino que cree caminando, recomenzando y dejándose convertir. Testigos, porque la esperanza no se guarda ni se privatiza; se anuncia, se comparte y se hace visible en nuestra vida de forma concreta.

Nuestro país necesita con urgencia testigos de una fe renovada en medio del cansancio espiritual; testigos de honestidad frente a la corrupción que hiere la confianza social; testigos de reconciliación ante la confrontación y la polarización; testigos de misericordia frente a la dureza del juicio y la exclusión;



† JOSÉ DOMINGO ULLOA MENDIETA, O.S.A.
ARZOBISPO METROPOLITANO DE PANAMÁ

testigos de vida frente a la cultura del descarte que margina a los pobres, a los migrantes, a los enfermos, a los adultos mayores, a los jóvenes sin oportunidades.

Como Iglesia, no podemos quedarnos en la sacristía ni conformarnos con celebraciones intensas pero desconectadas de la realidad. La esperanza celebrada debe traducirse en gestos concretos, renovando la vida de oración, reconciliándonos con Dios y con los hermanos mediante el perdón, comprometiéndonos con una vida coherente, abriendo espacios de escucha y acompañamiento, y salir al encuentro de quienes han sido descartados. La esperanza auténtica siempre se convierte en misión.

LA ESPERANZA, FRUTO Y TAREA PERMANENTE DEL AÑO JUBILAR

Al concluir este Año Jubilar, podemos afirmar que su fruto más valioso es haber mantenido viva la conciencia de que somos un pueblo que cree en la esperanza. No en una esperanza ingenua ni en un optimismo superficial, sino en la esperanza cristiana, firme y probada, anclada en la fidelidad de Dios.

Es una esperanza que no nace de las circunstancias favorables, sino de la certeza de que el Señor camina con nosotros incluso cuando todo parece oscuro. Una esperanza que se alimenta del kerigma, del anuncio sencillo y central de Jesucristo muerto y resucitado, que nos perdona, nos sana y nos salva. Por eso, renovar la esperanza implica renovar la fe, volver al primer amor, redescubrir la alegría del Evangelio y dejarnos reconciliar por la misericordia de Dios.

Como cristianos, no somos perfectos. Tenemos fragilidades, errores, límites y caídas. Pero jamás podemos ser hombres y mujeres sin esperanza. Por eso, en la vida pueden quitarnos muchas cosas: la salud, el trabajo, la seguridad, los proyectos, incluso los sueños. También pueden herirnos, desilusionarnos y cansarnos. Pero hay algo que no podemos permitir jamás y es que nos roben la esperanza.

Cuando un cristiano pierde la esperanza, no pierde solo el ánimo; pierde el horizonte; se enfría la fe, se debilita el amor y la vida se paraliza. Por eso,



† JOSÉ DOMINGO ULLOA MENDIETA, O.S.A.
ARZOBISPO METROPOLITANO DE PANAMÁ

mientras haya esperanza, siempre habrá posibilidad de recomenzar, de levantarse, de volver a creer y de volver a amar.

Esta esperanza, celebrada en el Jubileo, está llamada a convertirse en una misión permanente para anunciar a Cristo con palabras y obras; para extender la misericordia de Dios sin condiciones, y hacer de nuestras comunidades espacios de acogida, reconciliación y sanación, especialmente para quienes se sienten lejos, heridos o descartados.

CLAUSURAMOS EL JUBILEO, PERO NO LA MISIÓN NI LA ESPERANZA

Queridos hermanos y hermanas, hoy clausuramos un Año Jubilar, pero no clausuramos la esperanza. El Jubileo termina; sin embargo, la misión continúa con más fuerza y compromiso.

Este Año Santo no se cierra para guardarse como recuerdo, sino para proyectarse como compromiso permanente. Renovar la fe, buscar el perdón y extender la misericordia de Dios no son tareas de un año, sino una responsabilidad constante. El anuncio del kerigma, la misión permanente y la opción preferencial por los pobres, los excluidos y los descartados siguen siendo el horizonte de nuestra Iglesia.

El Señor nos envía, en este camino hacia los cien años de nuestra Arquidiócesis, a ser una Iglesia de puertas abiertas, que deja pasar la luz de Dios a las periferias existenciales; una Iglesia que no se encierra en sí misma, sino que sale, acompaña, escucha y sirve; una Iglesia que no se cansa de sembrar esperanza aun cuando los frutos no sean inmediatos.

Permanezcamos en el Señor. Esperemos en su misericordia. Perseveremos en la fe. Este es el fruto del Jubileo. Esta es nuestra misión permanente. Esta es la esperanza que no defrauda. Amén.